

Relinchos

HACE poco, me recordaba la Adriana los relinchos de que eran objeto las novias en nuestra mocedad, a propósito de una, que apareció en la puerta muy floreciente, y el mozo exclamó al verla:

—«¡Arrialái, gallo pelón!».

Causa risa, pero estas expresiones eran habituales y es seguro que la muchacha lo oyó con regocijo, más complacida que si se le hubiera acercado en silencio, y la misma Adriana siente cierta cosa, allá en lo hondo, al recordarlo.

¡Qué brutal, ¿Verdad?. Pero qué animalidad tan agradable cuando la sangre moza se agolpa turbadoramente.

Fueron con mucho, los pastores, los más sobresalientes en estas manifestaciones, aunque nadie estuviera aquí totalmente libre de ese pecado al que contribuían las costumbres generales, los medios de vida y la necesidad momentánea.

El novio o pretendiente tenía que hacer notar su presencia a gran distancia, por la separación en que vivían las familias y para lograrlo seguían sus prácticas habituales. Si se apartaba una oveja del rebaño, para acarearla, la voceaba y le tiraba un canto; para que la novia se enterara en la lejana cocina de que la estaba esperando, hacía lo mismo: dar con la garrota en las piedras de la cuneta, echar a rodar por la acera cantos gordos y darle voces al que pasaba o a la luna. Como la novia tenía que hacer mil equilibrios para salir y no siempre lo lograba, surgía la impaciencia y se acentuaba la brutalidad, con regocijo de las vecinas que lo escuchaban riendo y diciendo: «¡Qué animal; no se dará cuenta de que la muchacha no puede salir!».

Este hombre, habituado a oír relinchar la yegua hatera cuando la rastra se quedaba atrás, testimoniaba su ansiedad ante cualquier mujer con voces a los

amigos, diciendo: «¡Echamela pa acá!».
*¡Acércamela!».

No se quedaban atrás los gañanes y los menestrales, con aquello de «*arrialái* moñigona, que paíces una espiga de carrerilla reventando». O «sal aquí, raspa de pescao, que te voy a espiscar pa echarte en el ajo»; o el conocido «sal aquí, patata asá»; o el no menos reiterado de «sales o lo vierto»; o «sal aquí, cacho tocino, que te voy a freir pa ronchar la corteza» etc., etc.

Otros, más delicados y aun los llamados señoritos, tenían que hacer algo, porque ¡a ver qué remedio quedaba! y buena envidia pasaban algunas de no ser cortejadas con aquella ruda y fuerte naturalidad de los potros que venían de la «muletá». Hasta en Madrid pude apreciar de chico lo bien que caían esas «barbaridades», porque contagiado del mal, solté un relincho por la ventana de un patio, que se recibió con risas y agrado. En la habitación, estimulándome, había una mujer de cierta edad que también se complacía en el retozo del recental y hasta que se murió, a los muchos años, dió pruebas de tenerlo presente. ¡Misterios de la vida!

Después, como Médico, he conocido a fondo la influencia que el contacto con los animales tiene en la vida de los hombres que los manejan y las múltiples prácticas a que dá lugar. Es, después de todo, la influencia del medio y el sello que la ocupación dejan en el que la desempeña, pero que en esos años de la iniciación tienen floraciones secundarias, de carácter espúreo, que gozan de una pujanza admirable debida al flúido vital que lo impregna todo y hace grato siempre a la potranca el impulso natural y la movilidad vibrante de los potros de toda especie.

